



DIRECTORA ANGELA GRASSI.

Núm. 8.º | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 26 Febrero 1876 | Se publica en diez distintos idiomas.—Año XXVI.

### SUMARIO.

Explicacion de los grabados, por Joaquina Balmaseda.—Fichú de encaje.—Eslavina para baile.—Delantal adornado de terciopelo y pasamanería.—Delantal con volantes bordados.—Corbata de tul.—Capota para señora de edad.—Cofia para señora.—Sombrero de castor.—Abanico para traje de baile.—Paraguas de novedad.—Jarron para flores.—Maceta adornada.—Bolsa para el tabaco.—Canastilla para la calceta.—Almohadilla.—Pantuflo bordado en piel.—Cenefas bordadas á punto ruso.—Lámpara con flores de aplicacion.—Cartera pintada en cristal.—Libro-agenda.—Pantalla chinesca.—Bolsa-cartera con aplicaciones.—Medallones y ángulos bordados.—Almohadon redondo.—Cuadro de malla guipure.—Servilletero de

piñas.—Guarda-sello de papel cañamazo.—Antimacasares bordados.—Cenefa para adornar muebles.—Cenefas y entredoses bordados en blanco, en tul, á punto ruso y encaje.—LITERATURA: El Carnaval, por María del Pilar Sinués.—No hay rosa sin espinas, poesía, por Josefa Estevez de G. del Canto.—Nostalgia del cielo, poesia, por Javier Ugarte.—En la muerte de la Excm. Sra. Doña María del Pilar Iolo de Becar, poesia, por \*\*\*.—La cabaña, por J. Con y res.—Espigas y amapolas, por Angela Grassi.—Las máscaras, por Francisco Guerrero y García.—Variedades.—Explicacion del figurin.

### EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

#### 1 Y 2. ALMOHADILLAS DE PESO.

Sirven estas almohadillas para coser junto á una mesa y deben tener mucho peso para prender á ellas la labor: generalmente se rellenan de raspaduras de hierro, haciendo la armadura de tela fuerte sobre una caja de madera redonda. Se forra de terciopelo ó seda, fijando en la parte superior un mango que representa un sombrero y un paraguas, completándola una tira de cañamazo bordada alrededor entre dos de piel, presentando el dibujo para la primera el número 2: es una cenefa sencilla que no cuenta más que dos tonos de un mismo color.



3. Jarron para flores. (Pintura silueta).

#### 4. RECIPIENTE PARA MACETA.—Mosáico de pipas de piña.

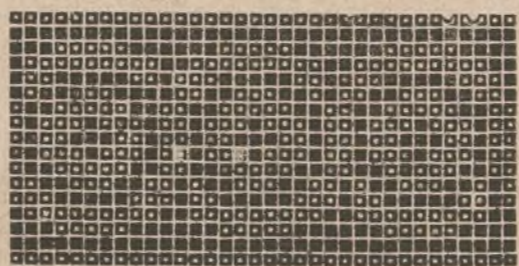
Esta obra no es ya una novedad para nuestras lectoras, que han encontrado modelo en las columnas del CORREO, de márcos, jardineras y diferentes objetos en mosáico de piñas: estas forman el fondo y sobre él se disponen grupos de frutas secas, como nueces, castañas, bellotas, etc., todo atravesado por un torzal fuerte del mismo color que ellas. Para trabajar bien todo este material, es preciso tenerle ántes un rato en agua, ó ejecutarlo cuando está todo fresco á fin de sujetarlo al carton que sirve de armadura.



6. Cenefa bordada á punto ruso.



1. Almohadilla de peso (véase el núm. 2).



2. Cenefa para la almohadilla núm. 1.

#### 3. JARRON PARA FLORES.

El modelo que presentamos es de barro comun y está pintado con pintura silueta, cuyo sistema explicamos hace dos números. Por este medio pueden enriquecerse diferentes objetos con flores ó arabescos del mejor gusto.



5. Pantufa bordada en piel.

Se termina bañándolo todo despues de concluido con barniz y una brocha.

#### 5. PANTUFLA BORDADA.

Puede reproducirse este dibujo en piel, en paño y en terciopelo, bien en otro tono del fondo en el mismo color, bien en color distinto.

El dibujo será calcado sobre el fondo y se hace la cenefa en soutache perlado, y las flores y arabescos al pasado con nuditos y punto ruso. Estas pantuflas se forran de seda onateada y no tienen talon, terminándolas al borde un cordón de seda de los colores del bordado.

#### 6 Y 7. CENEFAS BORDADAS Á PUNTO RUSSO.

Bórdanse con lana ó con seda sobre cachemir, paño ó reps, y sirven para tapetes ó almohadones, poniéndoles en el centro un medallón de aplicaciones de colores.



4. Recipiente para maceta. Mosáico de piñas.

#### 8 Á 10. BOLSA DE CROCHET PARA EL TABACO. Materiales: 15 gramos de lana fina de diferentes colores.

Toda la bolsa está hecha á crochet, á punto doble y punto de barras, forrándola de una badana, la que conserva la frescura necesaria al tabaco: principiase por una cadeneta más ó menos larga, segun las dimensiones que se quieren dar á la bolsa, teniendo nuestro modelo 15 centímetros en cuadro. Debe hacerse cada mitad aparte y unir las por medio de un punto por en



7. Cenefa bordada á punto ruso.

cima: se harán 2 vueltas negras, una amarilla, una grana, una verde, una blanca en barras, y se continúan lo mismo que ya se ha hecho, colocando las vueltas en sentido inverso: sigue 3 grana, 3 azules y 3 grana en barras, y se repite otra vez lo mismo hasta dar á la bolsa el tamaño necesario: entónces se termina por la cenefa núm. 9. La número 8 muestra la primera cenefa.

#### 11. PANTALLA.

Labor de capricho con aplicaciones de flores secas.

Esta labor es del mejor gusto, porque sobre la luz se transparentan las flores sobre el papel glasé blanco ó ligeramente azulado ó rosa. Las flores que se habrán guardado entre las hojas de los libros dan para este objeto excelente resultado: la parte de armadura es un pequeño círculo de carton fuerte, de forma exágona, más ó menos grande, segun el globo de la lámpara, y sobre él se colocan las seis hojas adornadas con sus aplicaciones, que se habrán fijado con goma con mucho primor, contando cada hoja 25 cents. de largo por 15 de ancho por la parte inferior, y en la superior se ajusta al tamaño de la armadura. Para este género de adorno, deberán elegirse hojas y flores menudas, en caso, solo una grande en el centro, que se ejecuta agrupando hojas de rosa, de eglantina, etc.

#### 12 Y 13. FICHÚS.

El primero es de muselina y encaje que presenta por delante el número anterior formado por tiras de muselina plegadas y encaje.

El segundo es una esclavina para encima de un traje de baile: va bordada á punto de cadeneta con hilo de plata ó de oro sobre raso blanco entretelado ligeramente. Es muy conveniente forrar el raso con un linon ántes de bordarle, completándole una tira alrededor de cisne ó de cualquiera otra piel buena.

#### 14 Y 15. PARAGUAS.

Los paraguas más de moda son los que tienen cápsula para recoger las ballenas, y se hacen de seda cruzada, con forro ó sin él, y adornados de cordon con borlas ó cadena de acero para suspenderlos á la cintura. Suelen llevar la inicial en el puño, que es generalmente negro con incrustaciones plateadas.

#### 16. ABANICO PARA BAILE.

La novedad es que va pendiente de un lazo de cinta igual á los adornos del traje, siendo adorno este muy propio para jovencita: el abanico es de marfil, de los llamados de baraja, con gran ramo de flores en las guías, que á ser posible deben ser iguales á las que adornan el traje y la cabeza. Un cordon de seda va unido á una sortija que cierra el abanico cuando este descende sobre la falda.

#### 17. CANASTILLA PARA LA LABOR.

Es de junco fino, y va adornada de un rizado de lana ó de seda á dobles tablas sujetas con un cordon de oro. Esta clase de cestillas se adornan con lambrequines, con escarapelas sujetas por una perla cada una, ó por otro cualquier capricho, pudiendo tambien forrarse por dentro con tafetan ó percalina, si no son de junco fino como la que presenta el grabado.

#### 18. CARTERA PINTADA.

En uno de los últimos pliegos de dibujos está el de esta cubierta, y no hay más que calcarle sobre madera ó cristal con colores á la aguada. Primero se trazan todos los contornos con una pluma, y despues de secos se llenan los espacios con un pincel: así sobre el fondo negro de la cenefa, destaca una vara de oro con una cinta azul rodeada en espiral, y los mismos colores se repiten en la cifra, figurando en los arabescos el grana con oro, blanco y bronce.

#### 19 Y 20. LIBRO-AGENDA.

Ofrecemos un sencillo adorno para ese libro de apuntes diarias que toda señora arreglada tiene en su casa: el libro tiene los ángulos de metal, como el broche y el forro de tafete con el título del libro en la primera tapa estampado con oro. La parte interior que presenta abierta el núm. 20, tiene además del libro cartera para apuntes y recibos. Las guardas y carteras son de seda del color de la piel y en una van bordadas las iniciales con cordoncillo de oro.

#### 21. PANTALLA CHINESCA.

Bordado al pasado.

Las dos hojas de la pantalla pueden cerrarse como un

libro, y más ó menos segun las necesidades de la luz. El único trabajo de nuestras lectoras será colocar en los centros un bordado en seda ó crespon de china, debiendo elegirle del color que esté decorada la sala: nuestro modelo es raso azul pálido bordado con torzal de colores y oro; en una hoja un país chinosco y en la otra una cacería. En nuestros pliegos de dibujos hallarán nuestras lectoras diferentes dibujos propios para esta labor, y les aconsejo que los borden cuidando el revés tanto como el derecho, para que al transparentarse no se altere el dibujo. La armadura, que se compra hecha, es de palo santo ó de ébano.

#### 22 Y 23. MEDALLONES PARA CORBATA.

Paeden servir para cualquiera sembrado hechos en diferentes colores ó en otro tono del fondo: se bordan al pasado y son propios para corbatas, sombrillas, etc.

#### 24 Á 26. DELANTALES.

Ambos son de faya, de un solo paño, de 60 cents. de largo y sacadas dos nesgas que se cosen al contrario para darles forma. Los núms. 24 y 25 le presentan con volantes bordados y festonados al pasado, y sobre la pegadura del último volante un biés con cabeza: el núm. 26 lleva en la parte inferior 5 tiras de terciopelo de 10 cents. de ancho y otras atravesadas de 2 cents., separadas por un ancho igual á ellas: un fleco de seda rizada y un guipure hacia arriba, separan en punta el fondo del delantal de la cenefa descrita.

#### 27 Y 28. BOLSA-CARTERA.

El pedazo de seda gris que forma la bolsa, tiene 28 cents. de largo por 15 de ancho, y una punta va cortada en ángulo para formar la cartera al volver sobre las otras dos partes: la aplicacion de encaje irlandés que la realza la presenta el núm. 28, y se dispone sobre una tira de seda azul que, recortada por la parte exterior, ocupa solo el centro debajo de los calados. El encaje está hecho en negro, y un piquillo de seda negro y cuentas de azabache le completan. La bolsa va forrada de seda ouateada y perfumada, uniendo las cabeceras á punto por encima que se oculta bajo un cordon de seda.

#### 29. CORBATA DE TUL.

Las corbatas de tul y de encaje son muy estimadas por el momento y las de Malines se recomiendan por lo mucho que favorecen: las cuatro puntas de 40 cents. de ancho llevan jareton cosido á punto de escapulario con seda negra y rizadas á pliegues, abrazando las cuatro pegaduras una corbata del mismo tul.

#### 30. ALMOHADON REDONDO.

*Materiales:* Batista cruda, tafetan azul, lanas finas en tres tonos de azul, gris y marron, cinta azul, hilo crudo. En uno de nuestros últimos pliegos de dibujos, iba la guirnalda para bordarse al pasado que adorna este almohadon, hecha con las lanas arriba indicadas: las tiras de batista cruda tienen 7 cents. de ancho, las de tafetan 13 y van fruncidas de las orillas para que formen bullon entre el encaje irlandés que ofrecia el mismo pliego de dibujos. El almohadon va primero ferrado de tela fuerte y forrado despues con las tiras en espiral, rematándole un lazo de cinta azul en cada cabecera.

#### 31. CUADRO DE MALLA GUIPURE.

Se utilizan siempre estos cuadros para cubiertas de edredon, almohadones, antimacasares, cortinajes, etc. El que presenta el modelo tiene 26 puntos, y su ejecucion resulta clara en el dibujo.

#### 32. SOMBRERO-CAPOTA PARA SEÑORA DE EDAD.

La pasa es de terciopelo bastillada formando jaretas, en cada una de las cuales se pasa un alambre que sostiene dicha pasa forrada de tafetan ligero. El fondo se pliega sobre tul de armar y el bavolet se monta fruncido ó con algunos pliegues.

#### 34. CÓFIA PARA SEÑORA DE EDAD.

Véanse los grabados 41 y 42 que dan el bordado en tul para la pasa de esta elegante cófia, cuya confeccion es muy sencilla.

#### 35. SOMBRERO DE CASTOR.

Está adornado con barbas de encaje blanco, grandes rosas, una pluma y lazos de cinta rosa.

#### 36. SERVILLETEO DE PIÑAS.

Se desprenden las escamas de las piñas, se limpian con

un cepillo suave, se horadan cuando están húmedas y se fijan con algunas puntadas y seda del mismo color sobre un carton de 4 á 5 cents. de ancho. Las dos puntas se cosen la una encima de la otra, despues de haber forrado el carton por dentro con papel moiré y de haber dado una capa de barniz copal á las escamas.

#### 37. GUARDA-SELLOS DE PAPEL CAÑAMAZO.

Tiene 4 ½ cents. de ancho y se borda con seda plata y seda de coser, poniendo en el centro una palabra, una divisa ó una cifra. Un punto por encima reúne por tres lados la parte interior y superior. La primera se corta sobre 3 ½ y 4 cents. de largo, los dos costados que la componen no se cosen más que de un solado, y lleva arriba una presilla para sacarla sin ajar la parte de fuera.

#### 38 Y 39. ANTIMACASARES.

38. Es de trencilla y bordado. La trencilla se aplica sobre un fondo de tela gris de modo que forme los rombos que indica el grabado: los bodeques se bordan con seda negra á pespunte y perfil, como asimismo los arabescos. Lo termina todo alrededor un picot de encaje negro.

39 y 32. El grabado 32, de tamaño natural, indica claramente el modo de ejecutar el entredós. Cada roseta se hace aparte y cuenta 8 dobles picos de trencilla: cuatro se sujetan en el centro con algunos puntos de crochet y los otros cuatro se vuelven hacia abajo y se unen con algunos puntos en el aire á la roseta que sigue y al mismo tiempo á las dos cenefitas de trencilla ondulada. El entredós se aplica á punto de lado sobre tela cruda, recortando luego esta por debajo del mismo entredós para que quede transparente.

#### 40. CENEFA PARA SILLERÍAS.—Bordado de color sobre paño.

Se puede emplear para adornar toda clase de muebles ó tapetes y alfombrillas.

#### 41 Y 42. ENTREDÓS Y CENEFA BORDADA EN TUL.

La ejecucion es fácil y puede emplearse para adornar mil diferentes objetos.

#### 43 Y 44. ÁNGULOS BORDADOS DE COLORES.

43. *Ángulo para cigarrera.*—Puede bordarse sobre raso, piel ó paño con cordoncillo de oro ó de color, cordon ondulado y trencilla.

44. *Ángulo para tarjetero.*—Se borda con cordon contorneado y cordoncillo de colores vivos.

JOAQUINA BALMASEDA.

#### RODAJA PARA SACAR PATRONES.



El precio es de 6 rs., y bastará enviarlos en sellos de Correos á esta Administracion, para recibirla franca de porte.



#### EL CARNAVAL.

He oido decir á personas de mucho talento, que hay tres ocasiones en la vida, en las que principalmente se conoce la buena educacion, ó descubre la vulgaridad de sus modales, quien no los tiene muy escogidos: en la mesa, en el juego y en un baile de máscaras.

Esta afirmacion, hecha por la experiencia, existe tambien en mí, hija del convencimiento y de la observacion; pero no dudo en asegurar que, de estos tres sitios, donde más se conoce una educacion distinguida, es bajo la careta del Carnaval.

Escasa instruccion se necesita hoy para hacer en la mesa un regular papel; el servicio á la francesa, dispensa de saber trinchar, porque todo se sirve dividido ya; en los grandes convites hay tras de cada asiento un criado, y otros muchos que pasan sin cesar, nombrando manjares y vinos, al mismo tiempo que los sirven.—En este punto, han llegado, pues, á ser inútiles los tratados de urbanidad, que ántes nos hacian estudiar en los colegios. Ya no se trincha, ya no se hacen platos; ya no es de

buen tono instar para que los convidados repitan ó tomen mayor cantidad; cada uno toma lo que quiere del plato que el criado le presenta por su izquierda, y deja pasar el plato si la vianda no le agrada.

Basta á una señora ó señorita, el saber vestirse bien, el presentar un rostro agradable y complacido, el contestar con amable sonrisa á las galantes frases que le dirija el caballero sentado enfrente ó á su lado.

Ya no hay tampoco que ceder asientos, porque en todas las comidas de alguna importancia, cada cubierto tiene su tarjeta, con el nombre de la persona que ha de ocupar el sitio donde está colocada.

Ni aun la señora de la casa necesita esmerarse gran cosa; los saludos se van reduciendo á cortesías: las palabras escasean cada día más; pero entiéndase, que hablamos de las palabras de ordenanza y de rutina que ántes se empleaban, para hacer cumplimientos por los manjares y el servicio, y para agradecerlos, por parte de los dueños de la casa.

En la mesa, pues, no es necesario mucho para manifestar buena educación.

El juego se ha desterrado tambien de todas las reuniones de buen tono. Ya no hay aduana ni lotería, solo hay alguna que otra mesa de tresillo ó de ecarté, y para demostrar en un juego de sociedad buena educación, basta con no alterar la expresion del semblante, aunque se pierda más dinero del que se creia exponer.

No sucede lo mismo con respecto á la careta; aunque la afición á las máscaras va decreciendo cada año, aún hay quien se cubre la cara, para decir lo que no se atrevería con esta descubierta.

Esto me ha parecido siempre una cobarde vileza; en más de una ocasion, he visto vestirse de máscara con el caritativo fin de descubrir á un padre las faltas de sus hijos; á un esposo, las ligerezas de su mujer; para burlarse de una imperfeccion; para herir el amor propio; para lastimar el corazon.

—No quiero ir este año á ningún baile, decia hace pocos dias, delante de mí, una graciosa jóven, que no há mucho ha inclinado su cuello al yugo conyugal: ¿para qué? El año pasado me aburrí: yo no sé vidas ajenas, así es que no puedo dar ninguna broma.

¡Delicada, encantadora broma, por cierto, la que ha de fundarse en algun suceso que ha tenido lugar en el interior de una familia, en el santuario del hogar doméstico! En ese dulce centro, en el que todo debe ser silencioso y recogido, así el dolor como la alegría!

No os deseo, mis queridas lectoras, que dejeis penetrar en los secretos de vuestro hogar á ningún aficionado á la careta.

Cuando empezó á despuntar la luz de mi razon, ya la afición á las máscaras se hallaba en su período de descenso; no he conocido, pues, las bonitas comparsas, los elegantes bailes que tenian lugar en las casas particulares, y en los cuales solo entraban personas amigas, ó por lo menos conocidas, por cuanto en el primer salon se hallaba situado el dueño de la casa, y uno de los enmascarados se descubria el semblante, y respondia por todos los que le acompañaban.

Hoy los máscaras, en Madrid, se contentan con pasearse en el Prado, ó acuden á los salones de los teatros, y es diversion tan poco apetecible, como por pocos apetecida.

De mí se decir, que siempre he mirado los bailes públicos de máscaras con invencible aversion: pareceme que hay en ellos algo de ultrajante; me enoja ver á los hombres con el sombrero puesto delante de las señoras. ¿No es odioso que un máscara, de sexo incalificable, pues hay gran afición á trocar los vestidos, hable de tú á una señorita, en cuya casa jamás ha logrado penetrar? ¿No es degradante que la mire los ojos á través de la careta, que la tome la mano y la dirija palabras llenas de libertad?

Creo que nuestros padres han conocido en los bailes de máscaras una diversion encantadora, digna, animada. — Aquellas comparsas de pastoras, de majas, de labradores de todas las provincias de España: aquellas cuadrillas de chinos, de orientales, de antiguos, bien ordenadas, y que llevaban á la cabeza sus músicas y sus bastoneros; que entraban en un salon, bailaban una elegante contradanza y se retiraban para ir á alegrar otro salon, y que se componian de parientes, de amigos, de personas de buena y distinguida educación, debian, en efecto, ser muy agradables. ¡Ojalá durasen todavía para nuestro solaz!

El Carnaval de nuestros dias es molesto, y para una señora ó señorita, que se estime, solo tiene dos recursos: el ocupar durante dos ó tres horas una silla en el Prado, y ver muchos hombres vestidos de mujeres, que le ofrecerán algunos confites, ó el asistir á los bailes de abonados de los teatros de la Zarzuela y de la Comedia, donde solo se ven dominós, y donde se pasean los convidados de ambos sexos al compás de la música, bostezan y se aburren, pero no se baila, ni siquiera se habla.

Creo, mis queridas lectoras, que muchas de vosotras tendrán el buen gusto de pasar la velada en vuestro palco de alguno de los teatros, ó bien recibiendo en vuestro lindo saloncito ó perfumado gabinete, á algunas amigas queridas, ó á algunos amigos escogidos, abrigándoos, cuando empiezan los bailes de máscaras, entre las cortinas de seda y muselina, que cierran vuestro lindo y blando lecho.

El Carnaval ha sido, segun sabemos por tradicion, un hermoso mancebo coronado de flores: hoy es un viejo sátiro con piés torcidos, que lleva un tyrsó orlado de pámpanos, símbolo de la inmensa cantidad de adulterados vinos que consumen los galantes caballeros que asisten á los bailes públicos.

En los bailes de abonados, muy decentes, muy acompañados, es un anciano displicente y soñoliento, que vaga por que sí, y que solo desea que la aurora le envíe á casa.

Puesto que la careta ha perdido todas sus gracias en la época presente, no cubramos con ella nuestro rostro: no asistamos tampoco á los sitios donde cobija tantas insolencias y tantos desmanes: el pudor de una mujer es una flor delicada que el menor viento lastima; ¡qué será, pues, de esa flor, si se lleva donde reina el Norte embravecido que todo lo destroza?

Voy á repetiros lo que he oído á un hombre violentamente enamorado de una bella jóven.

— ¡La amo, me decia, como no he amado nunca! ¡como jamás volveré á amar! ¡pero nunca me casaré con ella, porque fué el año pasado á dos bailes de máscaras!

No se puede negar que esto es exajerado; pero la exajeracion está en decirlo: hay muchos hombres que, aunque lo callen, piensan del mismo modo, y que creen que harian una locura, dando su mano y su nombre á una mujer aficionada á los bailes de máscara y constante en asistir á ellos. — La frivolidad, la libertad de maneras, no conquistarán jamás á los hombres de corazon y de talento; y muchas veces que se ven rotas unas relaciones que ya duraban hacia tiempo, y cuyo fin debia ser un próximo matrimonio, podrian explicarse estas rupturas con la asistencia á un baile ó con otra causa análoga; ligera en la apariencia, grande en el fondo, para un hombre que halla de repente desvanecidas sus más bellas ilusiones de simpatía y de gustos con la que iba á ser su compañera y su amiga de toda la vida.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

## NO HAY ROSA SIN ESPINAS.

A MI QUERIDA Y HERMOSA PRIMA ASUNCION RAMOS Y SABATÉ.

A su madre la dijo cierto día  
la cándida Lucía,  
niña de quince abríles,  
más bella que las flores  
que alegran y embellecen los pensiles,  
con su preciado aroma y sus colores:  
—Madrecita del alma, yo adivino  
del colorín el amoroso trino.  
—Y ¡qué expresa, hija mía,  
del colorín parlero  
la dulce melodía?  
—Dice, que amor primero  
es de rosas cadena perfumada.  
—Pues yo decirte quiero,  
—sonriendo su madre respondióla,  
lo que la tortolilla enamorada  
expresa con su arrullo lastimero;  
que el canto de las aves  
sé descifrar tambien como tu sabes.  
Diz con su arrullo, que si amor primero  
es cadena de rosas purpurinas,  
en el mundo no hay rosa sin espinas.

JOSEFA ESTEVEZ DE G. DEL CANTO.

## NOSTALGIA DEL CIELO.

Como la azucena blanca,  
como la palmera esbelta,  
grandes azules sus ojos,  
rubias, pobladas sus trenzas:  
¡por qué en sus labios no anida  
dulce sonrisa halagüeña?  
¡por qué en su mirada el rayo  
del amor no centellea?  
¡Por qué triste precoz se marchita  
la hermosa doncella?  
Postrada inerte de hinojos  
sobre el pecho la cabeza,  
yo la ví, cándida virgen

ante la Virgen excelsa.

¡Dichas de Dios imploraba  
que entre los hombres no encuentra?  
¡No basta á irradiar su dicha  
el fulgor de su belleza?

¡Por qué triste precoz se marchita  
la hermosa doncella?

Quizás suspira, doliente  
ave en el mundo extranjera:  
que ama á su patria... y la patria  
de los ángeles no es esta.  
Y como flor aromosa  
que sus aromas eleva,  
quizás su espíritu el vuelo  
remonta á la azul esfera,  
¡y aquí en tanto precoz se marchita  
la hermosa doncella!

J. JAVIER UGARTE.

## EN LA MUERTE

DE LA

EXCMA. SRA. DOÑA MARÍA DEL PILAR POLO Y APARICIO DE BECAR.

Sé que tus ojos dulces nunca vieron  
sin lágrimas, escenas de dolor;  
sé que tu vida fué bello compendio  
de bondad, de virtudes y de amor.

Para llorarte sobra el sentimiento,  
para cantarte falta inspiracion:  
y es que todo repite en torno nuestro:  
«¡El mundo para siempre la perdió!»

Tu alma venturosa voló al cielo;  
un ángel como tú, la recibió;  
y en la márgen radiante del empero,  
estasiada la gloria contempló.

Cuando desaparece de este suelo  
un alma que la muerte arrebató,  
¡cuán triste y solo, dolorido, yerto,  
se queda el angustiado corazon!

No se halla en la amistad dulce consuelo;  
todo se cubre de fatal crespon;  
de llanto sin cesar los ojos llenos  
y en el pecho un continuo torcedor.

Tú, que dichosa al trono del Eterno  
llegaste á recibir tu galardón,  
nos dejaste indeleble tu recuerdo;  
¡descansa en paz, en la mansion de Dios!

\*\*\*

Madrid, 27 de Enero de 1876.

## LA CABAÑA.

El amor es sintético. La belleza que fascina, que atrae en el primer momento, no es cada una de sus partes, sino el conjunto, el todo. Vendrá el análisis, pero el amor encuentra gracias lo que son defectos, hermoso lo desgraciado. Así es el profundo amor que yo profeso á la naturaleza. Recoja el sábio el pedazo de cuarzo para aumentar la coleccion de su museo; vea el hombre de ciencia un espectroscopio en las gotas de agua que lanzan los arroyos al despeñarse; cante el poeta á la carcomida y anciana encina, nido de los trovadores de las selvas; considere el escéptico las concavidades de las montañas como el asilo, la guarida del tímido pastor para preservarse de las iras de esa gran máquina eléctrica que se llama espacio; estudie el naturalista la mariposa aspirando el néctar de las flores, la hormiga construyendo sus graneros y la abeja dando forma simétrica á sus panales, que yo, todo cuanto mis ojos ven, cuanto mi oído percibe en la naturaleza, conmueve mi corazon. En aquel momento, cuando me hallo en sitio agreste, solo, completamente solo con la naturaleza, mi conciencia venera y mi razon rinde culto á esa fuerza creadora, causa del movimiento que cuajó de innumerables planetas el éther, pensamientos de la inmensidad, ideas del infinito.

Y siempre que me lo permiten hago mis pequeñas escursiones. Llegué un día á sitio para mí completamente desconocido. Lagos, cascadas, cabañas, nada faltaba en aquella preciosísima vega. Nunca naturaleza tuvo templo más grandioso. Las montañas eran sus columnas, el azul del firmamento su bóveda, la fina yerba y la cristalina superficie del lago el jaspé y mármol de su pavimento, el trueno sus campanas, el rayo del sol sus luces, el ruido de los arroyos sus órganos, los pájaros sus cantores, el aroma y fragancia de las plantas sus perfumes é incienso, los campesinos sus ministros... ¡Ah! Busqué fieles que léjos de la sociedad fuesen á adorar á Dios, y no encontré más que seculares árboles cuyas hojas se movian á impulso de ligera brisa, cual si balucearan una oracion.

Es imposible reflejar los sentimientos que embargaron, mi sér. No acababa de admirar ni acertaba á marcharme

cosa superior á mi voluntad me retenia. Escudriñando y en la inspeccion recreándome estuve hasta que las sombras me obligaron á refugiarme en las cabañas. Reconociendo como cualidades del pastor la franqueza y la jo-



8. Borda de crochet para la bolsa núm. 10.



14 y 15. Paraguas.



12. Fichú de muselina y encaje.

vialidad, no pudo extrañarme su recibimiento. Existía además, otro motivo poderoso para que estuvieran contentos de mi presencia, se mostraran satisfechos de mi visita; la mayor parte de ellos vieron la luz en la aldea que yo nací; ámanme los ancianos como hijo y los jóvenes como hermano.

Jamás olvidaré aquella deliciosa noche. Nunca más hermosura aprecié en el firmamento, nunca las estrellas me parecieron tan bellas, nunca la majestuosa luna envió rayos más plateados, y nunca gimí el bosque con más dulzura, ni sonó el torrente con más melodía. Tras frugal cena salí de la cabaña, todos se reunie-

ron. No pregunté si tenían tal costumbre ó lo hacían solo por complacerme. Cantaron y danzaron; sus cantares eran el amor y la guerra, mezcla de alegría y tristeza, de dolores y esperanzas. Si el eco llevó las voces á través de las montañas á otras vegas, si en estas vegas se encontraba otro amante, cual yo, de la naturaleza, creyó de seguro que los dioses habían vuelto á tomar posesion de sus tronos, rodeados de los primitivos pastores que entonaban plañideras canciones en loor suyo.

Terminó la fiesta, con gran pesar mio, pero era necesario buscar el descanso, el organismo exigía imperiosamente reposo para sus fatigas. En la cabaña pasaron por mi mente mil contradictorias ideas, combinábanse en mi cerebro extraños pensamientos, como en la retorta del químico se combinan cuerpos diferentes. Al tibio resplandor de moribundo fuego, sentado sobre tosco banco de madera, apoyada la frente sobre mis manos, soñé, tuve fiebre, delirio intenso se apoderó de mi cerebro... ¡Ah! quién pudiera retratar el sueño, quién recordara el delirio, quién fuera capaz de conducirnos por el sendero que seguí desposeído de la inteligencia, guiado por loca fantasía.

Hallábame en suntuoso palacio, al mismo tiempo que en la cabaña. Unas veces resbalaba sobre magníficas alfombras; ricos tapices cubrían las paredes, en los ángulos del salón se elevaban preciosos bustos, revestían el techo pinturas de mérito incalculable, caloríferos bienhechores que repelían el intenso frío de la atmósfera, grandes espejos, profusion de luces, có-

modos sillones, opípara mesa, lujosas damas y caballeros elegantes, nobleza de la sangre y aristocracia del dinero, encerrado todo en edificio asombroso á cuya puerta esperaban multitud de carruajes, impacientes por lanzarse á la carrera apagando con su ruido la débil voz del desheredado.....

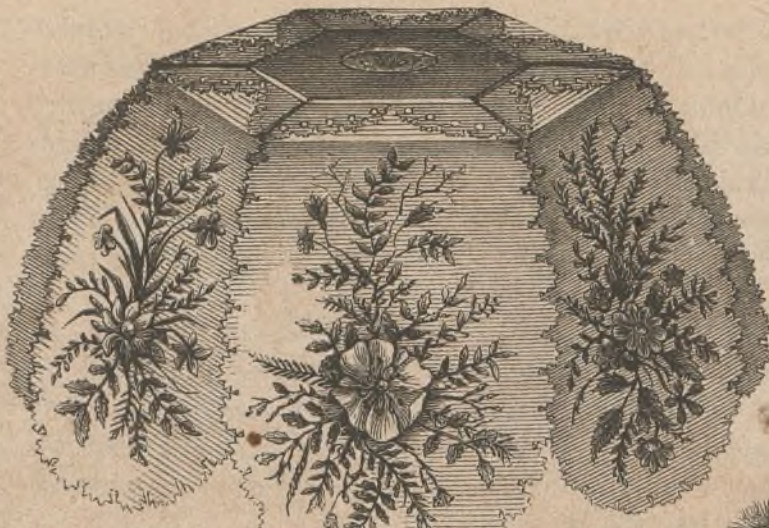
Serenábase un instante mi cabeza, los sentidos dejaban de percibir extrañas alucinaciones, y como si despertara de horrible pesadilla, tocaba los objetos puestos al alcance



18. Cartera pintada en madera ó cristal.

de mi mano, giraba en derredor la vista y cerciorábame por fin de la realidad. El palacio se había tornado en modesta cabaña. Mis pies descansaban sobre tierra, desprovista de alfombra; si me levantaba corría peligro de herirme en los troncos que sostenían las tejas; extendía los brazos y casi llegaban á todos los rincones; ennegrecidas sus paredes por el humo, adornada con utensilios imprescindibles para el pastor; un tablero recubierto de heno por lecho, una puerta guardada por una tabla que crujía al menor soplo de aire, y allí en diez pies de diámetro salón y cocina, alcoba y comedor; covacha miserable albergue de envidiada felicidad.

Aparecía otra vez el delirio, deteníame á contemplar aquella nobleza que por el salón pululaba, y á pesar de sus sonrisas, de sus



11. Lámpara de aplicaciones. Labor de capricho.



10. Bolsa de crochet para el tabaco. (Véanse los núms. 8 y 9).



17. Canastilla para la labor.



21. Pantalla chinesca.

palabras seductoras, de sus encantadoras frases, de su expansivo rostro, del deleite y gozo que experimentaban, creía encontrar en el fondo de su corazón lágrimas de amargura, parecíame verlos llevar á sus labios copa de brebaje inmundo. Quizá la



9. Feston y jareta para la bolsa núm. 10.



13. Esclavina para baile.

sonrisa del uno traspasase el pecho del otro, las palabras fueran puñal envenenado, la adulacion asqueroso ropaje que ciñe la asquerosa envidia. Volví á la cabaña, y allí cerca de mí, escuchando su respiracion, llegando su aliento á inundar mi rostro, estaba el campesino, palpitando su corazón de dicha, embriagado su cerebro de afectaciones bondadosas y sentimientos nobles.

Sencillas costumbres, puras é inocentes son las costumbres de los habitantes de las chozas. No tienen la

noche para los placeres y el día para el descanso, no; al rayar el alba comienzan su trabajo; el rebaño conoce su derecho á la libertad y protestaría impaciente con tiernas baladas, si al llegar la hora no se hallaba en posesion de su derecho; y su hora es el amanecer, como el amanecer de un pueblo son los albores de su libertad. Van á la iglesia á reverenciar las imágenes, llévalos la fe y no el deseo de lucir esbelto talle ni hacer alarde de religiosos, ni cumplir con la sociedad aun cuando no se cumpla con la conciencia. Interceden por el espíritu de los que dejaron de existir arrodillados sobre sus tumbas, sin transmitir el dolor á lacayos, las oraciones á la cera y el recuerdo á caprichosas coronas depositadas sobre frio panteon, demostracion palpable de cuán grande es la vanidad humana. El pastor, en fin, ama á Dios, ama á sus semejantes, ama el trabajo, reconcentra toda su vida en el rebaño, y las pasiones tienen perpétuo destierro de aquellos seres.

Hé aquí lo que la cabaña era en mi ardiente imaginacion. No la consideraba ciertamente en la mañana que signió de la misma manera. Los placeres tornáronse en desdichas y las alegrías en lágrimas. Son colonos y dependen del amo; son vasallos y sus vidas pertenecen al rey. Pero estas desgracias cuentan con ellas, como inherentes á su existencia. Estableced paralelo con otras, que no osaré decir y que mi pluma se resiste á estampar. Alcabo, el hijo del pastor vanagloriase de ser útil á la patria, de sacrificarse en aras de la libertad, de pelear en defensa de sacrosantas instituciones. El que se educó en el palacio, el joven que brilla en las tertulias, aquel que se mece entre pergaminos antiquísimos mucho más noble



19. Agenda. (Véase el núm. 20).



20. Libro-agenda abierto. (Véase el núm. 19).

que la mayoría de los ciudadanos y un poco menos que el trono, compra su vida por puñado vil de dinero, no tanto como le cuesta satisfacer el menor de sus caprichos. ¡Qué concepto tan raquítico y cuán poca dignidad tenía el que tasó la vida humana!

¡Y luego! ¡Cuántas veces este mismo joven desearía beber aquellas aguas, respirar aquel aire, nutrirse con aquellos alimentos, no tener otra morada que la cabaña, perseguir la avechilla, correr presuroso tras el rebaño, calentarse en aquel hogar, requerir de



EL CORREO DE LA MODA  
*Periódico ilustrado para las Señoras.*

Plaza de Isabel 2<sup>a</sup>, II. Madrid

Ayuntamiento de Madrid

amores  
a su org  
perdida  
Ah! m  
fermeda  
dio de l  
ce la t  
choza s  
Id á l  
en todo  
encontr  
pido m

26. De

Leopoldo  
siente V  
te!... Su  
consien  
hacerlo  
da y de

—¡Pe  
do VV.  
zos con  
El carr

Es q  
debe d  
añadió  
mio qu  
do! i po  
que tod  
Cúmpl  
perdida

—Pr  
chatez  
que no  
mas he  
Rusia,  
otra en  
tes dej  
aument

Cristó  
de indi

—As  
dijo An  
tiene V  
tria, el

28.

Pero e  
que su  
cesion  
pago d  
la may

Hé a  
mente  
nos, y

—¡P  
mó Cr  
consen

—Co  
entónce  
dar par

—¡I  
calcula

amores á las pastoras, buscar las fuerzas que a su organismo le faltan, recobrar su salud perdida y tornar sonrosadas sus mejillas. Ah! minada su existencia por terrible enfermedad, adquirida en los salones, en medio de la orgía, sueña con la cabaña y apetece la tranquilidad. Victoria grande de la choza sobre el palacio.

Id á la cabaña y apreciareis la naturaleza en todo su esplendor. Id á los palacios, y encontrareis pálidos reflejos del arte. ¡Oh naturaleza! Solo te pido muestras á los ojos del que á visitarte vaya las gracias que á los míos desplegas, para que te ame cual yo te amo.

J. CON Y TRES.

**ESPIGAS Y ANAPOLAS**  
novela de costumbres  
POR ANGELA GRASSI  
(Continuación).

Cristina estaba pálida, y parecía próxima á ceder á las órdenes que Andrés la dictaba con tono absoluto. En cuanto á Paoli, asistía con suma indiferencia á su acalorada discusión.

—¡Ahí están todos, decía Andrés en voz baja, su madre de V.,

26. Delantal adornado de terciopelo y pasamanería.

Leopoldo, sus envidiosas amigas, sus rivales!... ¡Si no consiente V. en lo que la propongo, será V. la fábula de la corte!... Su primo de V., que no la ama, que solo por delicadeza consiente en ser su esposo, hallando un justo pretexto para hacerlo, retirará su palabra, y se verá V. para siempre perdida y deshonrada!...

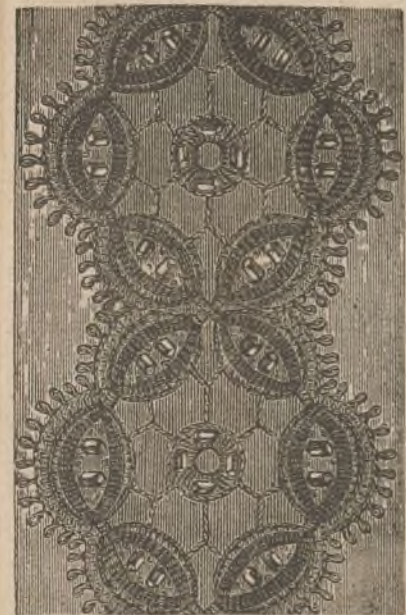
—¡Pero es un infame lazo el que me han tendido VV.! exclamó Cristina, retorciéndose los brazos con desesperación. ¡Ah, ya lo comprendo todo! El carruaje roto, la tardanza del camino.

Es que se preparaba la comedia horrible que debe dar por resultado mi desdicha. Paoli, Paoli, añadió con un resto de esperanza, ¿es este el premio que das á mi amor? ¡Por qué me has engañado! ¡por qué me has traído hasta aquí, fingiendo que todo estaba dispuesto para nuestro enlace!... ¡Cúmpleme tu promesa, ahora que por tí estoy perdida, deshonrada!...

—Pronto estoy á cumplirla, dijo Paoli con desfachatez, pero hay un pequeño inconveniente, y es que no sé cuántas mujeres legítimas he dejado por ahí... Una en Rusia, otra en Constantinopla, otra en Nápoles... ¡Por todas partes dejo alguna!... ¡Si tú quieres aumentar el catálogo!...

Cristina dejó escapar un grito de indignación.

—Aspiraba V. á un príncipe, dijo Andrés con sarcasmo, y ahí tiene V. á un príncipe de industria, el más insigne de la tierra!



28. Adorno de encaje irlandés para la bolsa núm. 27.

Pero el tiempo urge. Es preciso que su madre de V. nos haga una cesión en toda regla, y como en pago de un supuesto préstamo, de la mayor parte de sus bienes.

Hé aquí el acta; está perfectamente legalizada por tres escribanos, y solo falta su firma.

—¡Pero esto es indigno! exclamó Cristina. ¡Pero yo no puedo consentir!...

—Como V. guste, atajó Andrés; entonces voy á abrir la puerta y dar parte á todos de mi hallazgo...

—¡Bien infamemente lo han calculado VV., hombres viles y



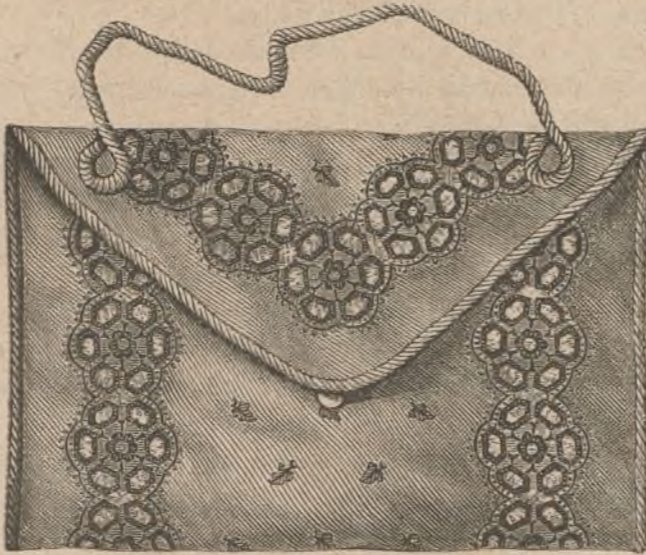
22. Medallón para corbata.



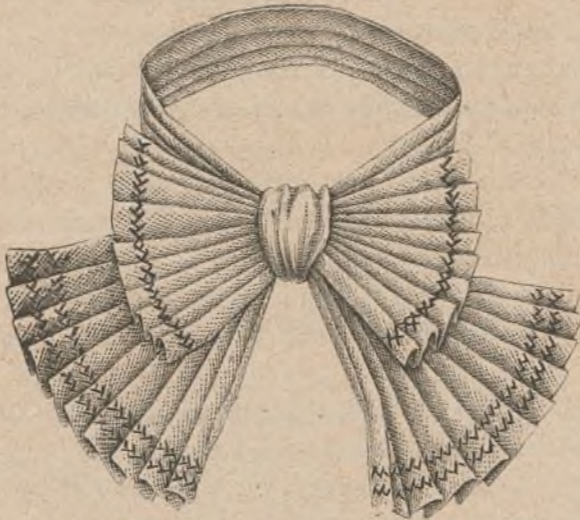
24. Bordado para el delantal núm. 25.



23. Medallón para corbata.



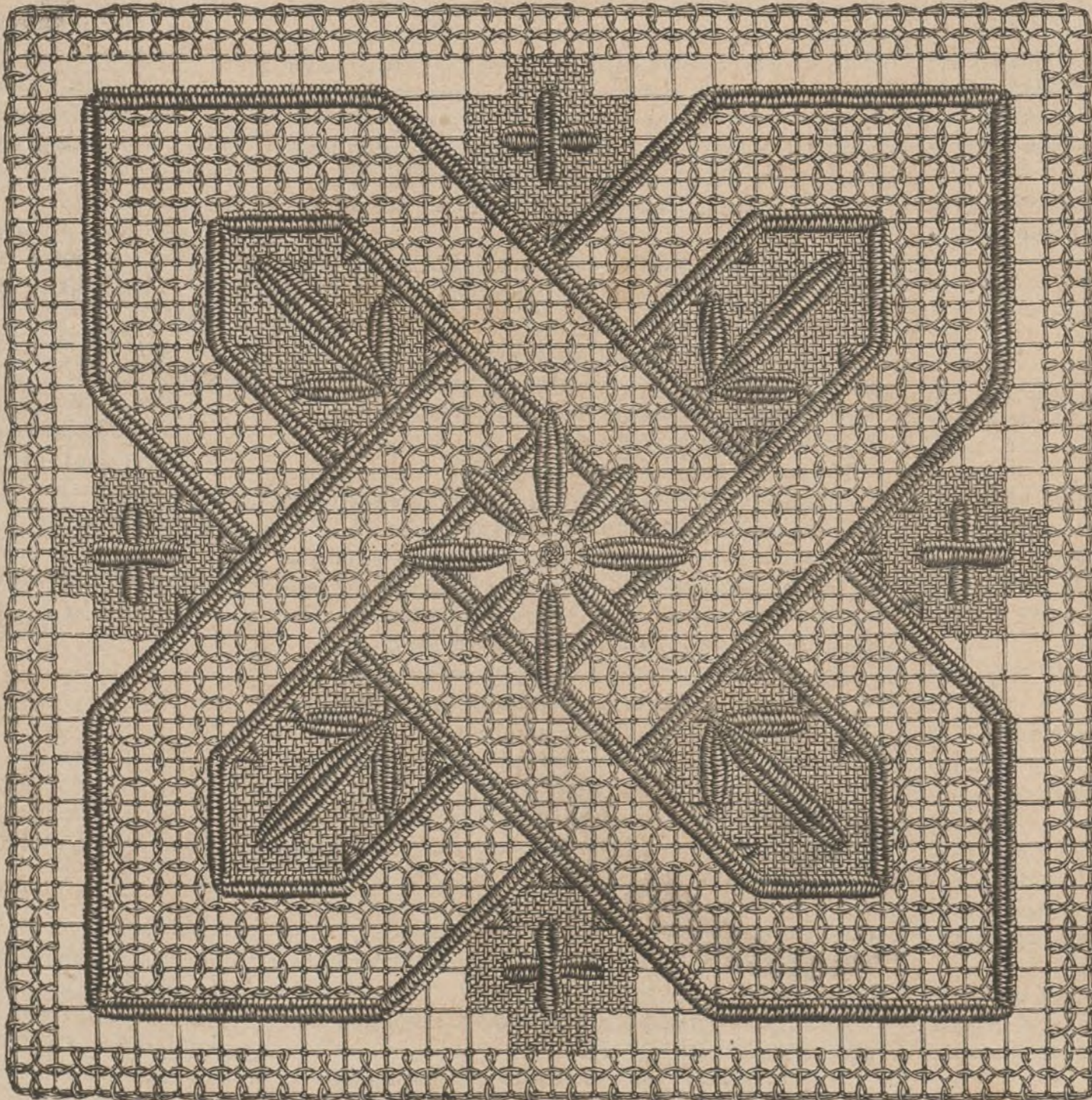
27. Bolsa-cartera con aplicaciones. (Véase el núm. 28).



29. Corbata de tul Malines.



30. Almohadon redondo. Bordado y aplicacion de encaje.



31. Cuadro de malla guipure.

detestables! dijo Cristina con voz sorda. Está bien; sea, ¡me someto! ¡Pero y mi madre!

—¡Sucumbirá á la fuerza, como V.! dijo Andrés; y entreabriendo la puerta del aposento, llamó con colérica voz á la condesa, quien acudió presurosa y llena de ansiedad á su llamamiento.

Fácil es imaginar la escena que pasaria allí; la pobre madre era celosa del honor de su hija, y firmó cuanto quisieron.

—Ahora á nosotros dos, dijo Andrés á Paoli, ¡atencion! ¡Salga V., caballero, salga V.! gritó en voz alta. ¡En vano intercedió V. por ella, señora condesa, su infame proceder no tiene excusa!...

Las anteriores escenas habian pasado con la rapidez del relámpago. Al oír las exclamaciones de Andrés, todas las miradas se fijaron en Margarita, con expresion acusadora.

—¡Salga V., caballero, salga V., repitió Andrés! ¡nada debe V. temer de mí!... Una vez defendí con la espada en la mano el honor de esa mujer, á quien juzgaba solamente

extraviada; hoy creeria rebajarme, tomando la defensa de una mujer perdida!...

Paoli salió del aposento, con el aire triunfante de un conquistador afortunado.

Los circunstantes soltaron un murmullo de indignacion. Leopoldo se estremeció al reconocerle, adivinando á medias la ignoble farsa.

Margarita dirigia á todas partes sus azorados ojos: no acertaba á comprender.

La marquesa se apresuró á iluminarla.

—¡Está V. irremisiblemente perdida, la dijo con fingida compasion! Todo se descubre en este mundo.

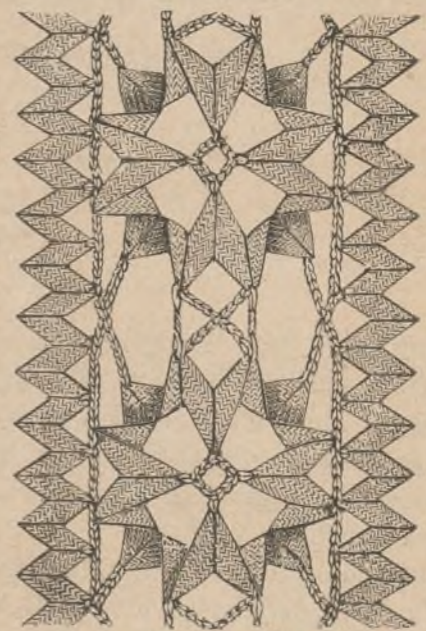
—¡Se me acusa á mí por ventura? exclamó Margarita llena de espanto, ¡oh, esto no es posible! ¡VV. no lo creen!...

Las irónicas miradas de los circunstantes la dijeron lo contrario. Entonces la infeliz, casi perdida la razon, se abalanzó hácia Paoli, y exclamó cogiéndole convulsivamente del brazo:

—¡Si es V. hombre de honor, defiéndame V.! ¡Dígame V. que se engañan, que yo apenas le conozco, que no es por mí por quien ha entrado en esta casa!...

—¡No soy yo, respondió Paoli con perfecto aplomo, quien debe pronunciar el nombre de ninguna mujer en este asunto! ¡Yo solo puedo cortar la lengua al que se atreve á comentarlo!...

—¡No es esto lo que pido! gritó Margarita exasperada, lo que exijo es que salve V. mi honor declarando la verdad!



32. Intreåd de trencilla para el antinacasar núm. 39.

Paoli se sonrió y se dirigió á la puerta.

—¡Por ahí no! gritó Andrés con acento enfurecido, ¡ha entrado V. por la ventana, salga V. por la ventana!...

Corrió á él, le empujó bruscamente, y le obligó á refugiarse en el huerto.

Así que estuvo allí, Paoli se volvió hácia su adversario, y se empeñó entre ambos una terrible lucha.

Los demás personajes de esta escena, se precipitaron á su vez en el huerto, formando círculo alrededor de los dos irritados contendientes.

Algunos segundos duró la lucha, hasta que por fin Paoli, desprendiéndose de los brazos de Andrés, se alejó precipitadamente.

Entonces éste, como otro Júpiter tonante, cogió á Margarita del brazo, y la arrastró hasta el centro de la estancia, á donde los siguieron todos.

—¡De rodillas, mujer culpable, gritó, y déme V. cuenta de mi ultrajada honra!

Margarita irguió la cabeza con altiva dignidad:

—¡Soy inocente! dijo, lo juro por el Dios que ha de juzgarnos en el supremo instante! pero ¡ay!, miró en derredor de sí al decir esto, y solo vió rostros severos que la condenaban! Buscó con los ojos á Leopoldo, que permanecía pálido y triste en un rincón y leyó en su semblante la duda.

Margarita lanzó un grito desgarrador, y fuera de sí, se dirigió á la alcoba, resuelta á vender á su hermana para justificarse.

Su resolución duró solo un momento. Vió el porvenir de Cristina perdido, se representó el violento dolor de la condesa, recordó el juramento que había hecho á su madre moribunda, y, por segunda vez, se resignó á consumir el horrendo sacrificio.

Detúvose, dobló la cabeza sobre el pecho, y prorumpió en sollozos.

Aquel llanto pareció á todos la confirmación de su delito. Uno solo podía comprenderlo, porque había sabido leer en el secreto de su alma... Leopoldo completó la acción que Margarita no se había decidido á llevar á cabo.

Corrió á la alcoba, y abrió de par en par la puerta del cuartito; pero el cuartito no tenía otra salida, y no se veía en él más que á la condesa desmayada.

La lucha de Andrés y Paoli, solo había sido un golpe de teatro, para atraer al huerto á los circunstantes, y facilitar la fuga á Cristina, que advertida ya, se deslizó de puntillas, logrando salir, sin ser vista, de la estancia.

Leopoldo dejó escapar un grito de desaliento; Margarita, viéndose ya irremisiblemente perdida en el concepto del hombre á quien amaba, inclinó la cabeza sobre el pecho, y permaneció por un instante muda, inmóvil, anonadada.

—D. Pablo, dijo Andrés dirigiéndose á el escribano, había venido V. para que se firmase un contrato de matrimonio, pero antes le digo que redacte otro de divorcio. ¡A esa indigna mujer no debo imponerla más castigo que arrojarla de mi casa!...

—¡Sí, me iré! dijo Margarita con tono sombrío y aire extraviado. ¡Me iré ya que todo el mundo me abandonó! Y uniéndole la acción á la palabra, salió de la estancia, sin que nadie intentase detenerla.

Atravesó el vestíbulo, llegó al campo.

Allí se vió detenida por un carruaje que se paraba con mucho estrépito, y del cual se apeaban Cristina y Justa.

Cristina, al salir, había hallado á la doncella que la aguardaba de orden de Andrés. Andrés no había olvidado ningún detalle, para que la comedia tuviese apariencias de verdad. De este modo cumplía su promesa, salvando la honra de Cristina, y tenía un fundado pretexto para divorciarse de su mujer.

Margarita pasó al lado de su hermana sin verla, y se internó por el camino de árboles que conducía á Madrid.

## CAPITULO XVII.

### EL DELIRIO.

El que pone toda su confianza en Dios, Dios le basta.  
ABOBERER.

Hay horas tan espantosas en la vida, que apenas se acierta á concebir cómo no se rompen á la vez todas las fibras del alma, cómo se continúa existiendo....

Margarita corría desalada al través de los campos. ¿Adónde iba? ¿Qué es lo que pensaba hacer? ¡Ni aun ella misma lo sabía!

Huía del oprobio, del mordaz sarcasmo, de la glacial indiferencia, del general abandono.

Corría tanto, que en ménos de media hora atravesó la larga distancia que la separaba de la corte, y llegó jadeante y sin aliento á orillas del Manzanares.

Allí se detuvo.

Era ya de noche: los nubarrones que ántes empañaban el azul del cielo, se habían reunido y condensado, dejando escapar de su seno fugitivos relámpagos, que iluminaban con su luz siniestra aquella lóbrega naturaleza, azotada por el viento.

La primavera, por demás calurosa, había usurpado sus derechos al estío. Los truenos retumbaban á lo lejos.

Margarita, ante aquel espectáculo imponente, recobró algún tanto la lucidez de su razón.

—¿Qué es lo que ha pasado por mí? murmuró, ¿es realidad ó es sueño? ¡Oh! nó, todavía resuenan en mis oídos

las fatales palabras: ¡esposa adúltera! ¡mujer perdida! No me quedaba más que mi honor, y ni aun el honor me quedaba... ¡Desdichada!... ¿Y qué es lo que he hecho para merecer el general anatema? ¡Salvar á mi hermana, impedir que vertiesen eterno llanto los ojos de una madre... Dios mío, ¿en dónde estás tú? ¿en dónde estás?...

Calló un breve instante agobiada por su dolor profundo.

—¿Quién llorará por mí? repuso con desgarradora amargura. ¡Nadie! ¡nadie! ¡nadie!...

Echó una sombría mirada sobre las aguas del Manzanares, que se deslizaban apaciblemente por entre los juncos, y añadió en voz baja:

—¡Los muertos no lloran! ¡En la tumba se descansa!

Con un movimiento convulsivo tendió los brazos hacia el río; pero al instante se detuvo, y cayó de rodillas en el suelo.

—Perdóname, Dios misericordioso, exclamó entre sollozos. Preguntaba en dónde estabas tú. Tú estás en mi corazón y le das fuerzas para luchar y vencer en el combate rudo de la vida.

Se levantó, dió algunos pasos, pero sus fuerzas flaquearon, y tuvo que sentarse sobre el tronco de un árbol derumbado por el viento tempestuoso.

La lucidez de sus ideas desapareció de nuevo. Su pensamiento volvió á embotarse y á sumirse en el tenebroso caos que ántes lo envolvía.

Hallábase en aquel estado de somnolencia en que el alma siente vagamente que existe sin poder darse razón de su existencia.

Al poco tiempo sintió que un brazo amigo la sostenía rodeándola la cintura; aspiró el hálito de fuego de otro rostro inclinado sobre el suyo, y oyó una voz que penetró hasta lo íntimo de su alma, cual una armonía celestial, una voz que murmuraba su nombre con inefable dulzura.

Margarita quiso hablar y no pudo; quiso levantar la cabeza, y se halló sin fuerzas para hacerlo.

Entonces, como adormecida por el blando arrullo de aquella voz amante, como sujeta por el hechizo de aquel magnético influjo apoyó su abrasada frente sobre el corazón que palpitaba al lado del suyo, y arrojó un profundísimo suspiro. Después, ciñó con sus brazos aquel sér protector y amigo, como ciñe la débil yedra, combatida por el viento, el añoso tronco que puede defenderla.

—¡Margarita, amada mía! exclamaba Leopoldo, pues era él que la había seguido en su fuga, ¿has dicho que nadie te amaba, que nadie lloraría por tí? Mira, soy hombre, soy fuerte, y mis ojos están inundados de lágrimas. Si los demás te abandonan, yo te soy fiel, yo te seré fiel hasta la muerte. Todos dicen que eres culpable, yo no lo creo. Nó, no lo creo, mi buena Margarita. ¡Ah! tú no sabes que te amo, que hace mucho tiempo que te amo. Que he pasado las noches invocándote en mi delirio, y los días llorando mi infortunio, y á pesar de eso, mi lengua ha sido muda, porque quería mostrarme digno de tí, dulce bien del alma; pero hoy, que te veo vilipendiada, escarnecida; hoy que te veo llorosa y sin amparo, rompo el silencio, y me complazco en decirte: —Margarita, abiertos están mis brazos, refúgiate sobre el corazón que te idolatra.

—Es él... es Leopoldo quien me habla... murmuró dulcemente la jóven, que iba recobrando por grados el uso de sus sentidos.

Así como un rayo de sol que se desliza al través de las nubes basta para cambiar en alegre la triste faz de la naturaleza, así la mágica voz de Leopoldo restituyó la calma á aquel espíritu atribulado.

Margarita volvió á la razón y á la vida; pero ¡ay! que también volvió al conocimiento de su horrible suerte, al conocimiento de sus imprescindibles deberes.

Asustada entonces de sí misma y de cuanto acababa de oír, se desprendió rápidamente de los brazos de Leopoldo y echó á correr hacia Madrid, cuyas torres se elevaban, cual fantasmas, al través de la espesa bruma.

Leopoldo la siguió, sin atreverse, empero, á alcanzarla. Entre tanto los negros nubarrones se desgarraron, dejando caer una copiosa lluvia.

Margarita no se detuvo por esto, y pasó el puente.

Leopoldo la gritó desde lejos:

—Prometo no seguirla á V. si V. no quiere; pero, por Dios se lo ruego, guarézcase á la sombra de algún árbol, ínterin cesa la lluvia.

Margarita corrió á la orilla del río, y se apoyó en el tronco de una encina.

La infeliz tenía los vestidos calados, y temblaba de calentura y de frío.

Entonces se volvió hacia Leopoldo y le dijo con tono grave y solemne:

—Acérquese V. y escúcheme por la vez postrera de mi vida. Hace poco me sentí sobrecogida por el pánico terror de un niño que huye de un fantasma que no ha

visto más que en sueños: ahora me siento dueña de mí misma, y quiero descubrirle mi alma toda entera.

Acaba V. de decirme palabras tan dulces, que desearía espirar en este mismo instante, para que sus labios pudieran, sin remordimientos, volver á repetirlos. ¡Leopoldo, le amo á V.! ¡Le amé desde que le conocí! ¡Yo fui quien le salvó á V. de las garras de la muerte en aquella terrible noche! ¡yo quien le asistió durante su enfermedad con cariñoso esmero! Pero mi madre vió con enojo nuestro mútuo cariño, y me envió á Segovia, haciendo que Cristina ocupase mi lugar. Era más bella, V. la amó, y yo respeté se elección; pero no me fué posible extinguir el amante fuego que me devoraba el alma. ¡Oh! ¡cuánto sufrí, cuánto lloré, Leopoldo!

Más tarde, mi madre quiso que me casara á todo trance, y vi levantarse entre ambos una barrera más insuperable todavía que la de mi abnegación y de su indiferencia. ¿Necesito acaso decirle si habré sido desgraciada?

Leopoldo, le amo á V., le amaré mientras exista; pero ¡esta será la última vez que nos veamos! ¡la última vez que esta palabra salga de mis labios!

Soy casada, y guardaré ileso el honor de mi marido por más que él me desprecie y desestime.

La fortaleza de la mujer estriba en evitar el peligro, no en arrostrarlo. Como á hombre de honor, como á caballero, le pido á V. que me dé el postrer adiós y me deje continuar sola mi camino. Voy á pedir asilo al convento de la Encarnación, cuya superiora es amiga mía.

Leopoldo se había arrodillado á sus pies, y besaba con apasionada ternura el extremo de su vestido. Cuando cesó la voz de Margarita, levantó la cabeza. Por sus mejillas corrían raudales de lágrimas. ¡Dulces lágrimas, tan gratas como el rocío de la mañana!

—¿Con qué era yo? dijo con acento entrecortado por la emoción, ¿con qué era yo el objeto de ese amor misterioso que me ha causado tantos celos? ¡Oh Margarita, Margarita, yo también la amé á V. desde que la conocí! ¡Bajo el nombre de Cristina era á V. á quien adoraba, á V. sola!... Gracias por haberme hecho tan dichoso, gracias...

La noche estaba oscura, se hallaban solos en aquella desierta campiña, se amaban. La voz de Leopoldo era suave, y Margarita se estremeció de placer y de espanto al mismo tiempo.

Entonces, sobreponiéndose á sus propias emociones, prosiguió con el mismo tono solemne:

—Hace poco, la idea del suicidio se presentó á mi mente; la rechacé, porque era un crimen; pero mi muerte sería aceptable á los ojos de Dios si fuese para salvar mi honra. No temo la muerte, Leopoldo, y con este objeto me he detenido á hablarle á V. en este sitio.

Margarita, pálida, pero serena y tranquila al borde de abismo, tenía una actitud tan severa é imponente, que asustó á Leopoldo.

Este se levantó con presteza, y se alejó algunos pasos.

—Margarita, dijo deteniéndose, nada tema V. de mí, porque la respeto tanto como la amo.

Adiós, supuesto que V. lo exige. Pero piense V. que mientras yo exista, habrá en el mundo un alma pronta siempre á compartir su llanto, pronta siempre á sacrificarse por su dicha.

Margarita le tendió, sonriendo, la mano; Leopoldo retrocedió para estrecharla entre las suyas.

—¡Adiós! dijeron ámbos con infinita dulzura, ¡adiós, adiós!

Y todos los ecos de la noche repitieron aquel adiós tiernísimo, y los puros serafines se regocijarian en el cielo al llevarlo al sagrario del Dios de las virtudes.

Después, ámbos se separaron con paso firme, fijos los ojos en la bóveda azulada, detras de la cual se oculta el que dijo al hombre: *Ayúdame á llevar mi cruz y vendrás á descansar entre mis brazos.*

Margarita se dirigió hacia Madrid; Leopoldo volvió al lado de la condesa.

## CAPITULO XVIII.

### LA PROVIDENCIA.

No tengais envidia á la dicha aparente del malo, ni esteis celosos de su felicidad, porque él se secará como la yerba del campo, y caerá como la flor.

ECLES.

Yo he visto al impío lleno de grandeza sobre la tierra. Él se elevaba como el cedro de las montañas. No he hecho más que pasar, y ya no existe.

ECLES.

¿Qué es lo que pasaba entre tanto en la casita de Andrés, teatro de los sucesos anteriores?

Cuando entró en ella Leopoldo, el escribano acababa de redactar una petición de divorcio contra Margarita, autorizada por las firmas de todos los circunstantes.

La condesa, pálida y azorada, corrió al encuentro del jóven.

—¡Oh! ¡Leopoldo! dijo, mi delicadeza me manda revelarte, antes que te unas á nosotras para siempre, que los bienes que tú tan generosamente nos cediste, han desaparecido de mis manos, por un imprevisto azar de la fortuna.

Tú eres pobre, añadió, yo soy pobre también, ¿qué vamos á hacer?

Cristina se habia acercado á ellos, y habia cido las últimas palabras de su madre.

—Aun me queda en Aragon una casa con algunas tierras, respondió Leopoldo. Iremos á residir allí, y viviremos modestamente del producto de la labranza, como vivieron mis padres.

¡La frente de Cristina se anubló! No era aquel porvenir oscuro el porvenir que su ambicion habia soñado. Pensó que para el frívolo mundo que ella conocia, la pompa y el esplendor valen casi tanto como la honra. Pensó que estaba bien, que para cubrir las manchas de su honra, comprase un esposo, cuando tenia una fortuna suficiente para seguir brillando en los altos círculos sociales, pero que era una locura el hacerlo á costa de sepultar para siempre su hermosura en una antigua casa solariega, escondida entre los bosques.

Pensó, por último, que aun le quedaba el oropel de un noble título, y que con esto y su belleza, aun podia aspirar á un brillante enlace.

Todas estas consideraciones pasaron por su mente con la rapidez del relámpago, y tomando consejo tan solo de su ambicion y de su egoismo, decidió que aquella boda no se efectuara, fuera como fuese.

—Seamos francos, dijo á Leopoldo con cínico aplomo, nos casamos sin amor y sin dinero, y no me parecen estos muy buenos auspicios para el matrimonio. Yo tomaré pretexto de tu desaparicion en tan solemnes momentos, desaparicion que por cierto ha sido bien extraña, y romperé delante de todos este lazo, que puede ser para entrambos muy pesado. Con esto se salva mi amor propio. ¿Aceptas el pacto?

—Hija mia, exclamó la condesa con pena y horror al mismo tiempo.

—Acepto, dijo Leopoldo, y doy gracias á Dios de la desaparicion de esa fortuna, que me salva de una desdicha eterna.

Cristina, acto continuo, con aquella maestría que habia adquirido en su largo estudio de fingimiento y doblez, aparentó admirablemente una escena de celos. Lloró, tuvo su correspondiente ataque de nervios, y en medio de su frenesí, rompió en mil pedazos el contrato de matrimonio, y dijo á su primo con voz vibrante, que nunca, jamás, volveria á lucir para entrambos la antorcha de himeneo.

—¡Es posible! murmuraba la condesa estupefacta, ¡es posible que á semejante mujer haya permitido que se sacrificase la dulce Margarita! ¡Oh! no, yo hablaré, tendré valor.

Pero cuando ya se disponia á hacerlo, Gervasia entró en la estancia.

—¿Le han entregado á V. un papelito de mi parte? preguntó á Andrés.

Este sacó maquinalmente un papel de su bolsillo.

—Ahora que ha dejado V. de ser mi amo, replicó Gervasia con su rudo tono, voy á decir cuanto sé, porque quiero decirlo delante de todos estos señores. Esta tarde, cuando buscaba un mozo para que llevase ese paquetito á mi amo, vi entrar á esa señorita con aquel caballero que salió escapado por el huerto. Y mientras esto sucedia, vi á esta misma señorita salir de la casa calladito, meterse en un coche en donde estaba esperándola una doncella, hacer que el coche diese un pequeño rodeo, y luego volver á entrar como si tal cosa.

Todo esto lo digo, porque Margarita me curó una herida que tenia en la frente, y no quiero que paguen justos por pecadores.

Un profundo silencio acogió esta extraña declaracion. Cristina, en vez de humillarse, cruzó los brazos sobre el pecho, irguió la frente, y dirigió en torno de sí una mirada de desafío.

Gervasia hizo una profunda reverencia, y se alejó; pero al llegar á la puerta, se volvió y dijo:

—Se me olvidaba: ahí está un señor sacerdote que quiere entrar. Dice que ha ido á Madrid á visitar á la señora condesa, y que le precisa verla al instante. El loco viene con él. ¡Á bien que éste nunca ha querido apartarse de estos alrededores!

—Que entren, dijo la condesa.

Así como cuando se quiebra un hilo de la mejor urdida trama todos los demás se rompen, del mismo modo, cuando un incidente destruye en parte una bien calculada intriga, la Providencia se complace en aumentarlos, para que se desbarate enteramente.

En el dintel de la puerta aparecieron dos ancianos. El uno llevaba impreso en su pálida fisonomía y en su in-

quieta mirada el desorden de su mente; el otro la tranquilidad de un espíritu recto y de una conciencia pura.

Eran Norberto y don Silverio.

El segundo se adelantó hasta el centro de la estancia, con aire grave y solemne.

—Acabo de llegar de Madrid, dijo, en donde he procurado, aunque en vano, verla á V., señora condesa, porque tengo importantes revelaciones que hacerla. Al llegar aquí, he sabido que Margarita ha sido víctima de nuevas desventuras; pero Dios protege á los buenos, defendiendo á los inocentes. Yo vengo para decirle que Cristina es la hija de Nicanora, que Margarita es su hija de V., y legítima heredera de los condes de Santa Agueda.

Un grito de sorpresa se escapó de todos los labios al oír estas palabras.

La condesa, que estaba sentada en un rincón, corrió hacia don Silverio, con las manos juntas, exclamando:

—¡Será verdad, Dios mio!

—¡Será verdad, Dios mio! gritó al mismo tiempo Norberto. ¡Ella!... ¡Tú!... ¡Qué es esto!

Precipitose hacia la condesa con los brazos abiertos, pero le faltaron las fuerzas, y cayó sin sentido en el suelo.

—¡Norberto! ¡esposo mio! gritó la condesa con delirante expresion.

—¡El conde! murmuraron los atónitos espectadores de esta escena.

La amante esposa se arrojó sobre el cuerpo inmóvil de Norberto, y lo levantó entre sus brazos.

Depusieronle sobre el sofá, y todos, agrupándose á su alrededor, le prodigaron mil auxilios para devolverle la vida.

(Se continuará.)

## LAS MÁSCARAS.

La juventud es la primavera de la vida. Edad de oro en que todo sonríe á nuestra vista, en que el alma cree adivinar un porvenir risueño, lleno todo de dulces encantos, y sentimos nuestro corazón henchido de ardiente fé y halagüeñas creencias, latiendo á impulso del fuego de esa edad tan dichosa como rápida. Creemos en el amor de la mujer y rendimos culto á un ídolo que sueña nuestra fantasía, y el pecho siente esa aspiracion sublime y misteriosa que estasia el alma como un vago presentimiento de la felicidad que con anhelante afán esperamos. ¡Creemos, y con ardiente fé esperamos! ¡Dulce esperanza!

Creemos, con entusiasmo indescriptible, en todas las grandes ideas y en todas las grandes pasiones que iluminan y conmueven nuestra existencia, elevándola al más alto grado de esplendor.

En nuestro pecho germina el amor á la patria: con una sublimidad admirable nos creemos grandes héroes en los más rudos combates, que desde luego presentamos, y con una fé y entusiasmo ardientes, marchamos en pos de la victoria, despreciando los peligros que nos salen al paso. ¡Dichosa edad!

El espíritu comienza á iluminarse por los primeros destellos de las ciencias, y la imaginacion vuela por los anchurosos espacios en pos de la verdad que ilustra y nutre el entendimiento con sus sábios consejos.

Estrechamos la mano de otro hombre saludándole con el dulcísimo título de amigo, porque creemos hallar en él un hermano que sonríe en medio de nuestras alegrías y tristemente llora en nuestros acerbos dolores.

¡La juventud! Esa época deliciosa de la vida que transcurre con tanta velocidad para nunca más volver! ¡Dichosa edad mil y mil veces! ¡Hay cosa más bella que el primer rayo de gloria que ilumina nuestra frente inmaculada, elevándola al más alto grado de esplendor que no son más que ténues rayos de luz de un sol que ha de brillar mañana! ¡Qué más puro que el primer amor que agita y conmueve el corazón tierno de entonces, y el primer suspiro de una hermosa enamorada, en cuyos ojos lánguidos bebe el poeta la inspiracion que hará vibrar las cuerdas de su lira, con esa deliciosa armonía que parece atrae á la tierra los ángeles del cielo! ¡Qué más sublime y encantador, que la fé con que nos lanzamos por los anchurosos caminos de la ciencia sembrado de espinosos abrojos y de tristísimas amarguras! ¡Y qué, pues, se ha de esperar de esta edad en días de Carnaval, sino libre expansion á las creencias, á la fé y á la esperanza con sin igual regocijo!

El rico se cubre de seda, oro y pedrería; el pobre con andrajosas ropas y ostentando acaso en la diestra, cual pendón ó estandarte, alguna caña, en cuyo extremo, pendiente de un bramante, tiene asido un higo que millares de chiquillos, con un palmo de boca abierta, saltan, se pisan, se extrujan y andan á mogicones por cogerlo. ¡Entretanto, los primeros profusamente engalanados y sentados al descuido en multitud de elegantes carretelas

que cruzan de un lado á otro de las calles y paseos, inclinados al oído de las damas, las dirigen sentidas quejas, inspiraciones de amor tiernísimo que hace vibrar de contento el corazón de aquella niña, que acaso más de una vez suspiró por él, sintiendo allá en su pecho los latidos de su corazón amante al verse ya correspondido. ¡Y con cuanto placer no escucha las amorosas manifestaciones en estos días de júbilo y algazara tan propios del Carnaval!

¡Qué de encantos no tienen esos días para la juventud, siempre bulliciosa, que llega al mundo llena de esperanza, de ilusiones, llena de confianza y de fé en el porvenir, en sí misma y en el mundo!

Gozad, pues, y sed felices, tiernas y encantadoras doncellas, y gocemos todos, amigos míos; sí, que es Carnaval, y supuesto que las flores con las cuales se engalanan las niñas del Mediodía, entrelazándolas en sus blondos cabellos de oro están agostadas, suplan á aquellas las encantadoras mejillas de las hermosas, y se coloren cual las hojas de las rosas, y en vuestro pecho dad cabida abriendo el cáliz del más puro sentimiento á las nobles aspiraciones que abrigue el corazón del dulce amante que ha esperado el Carnaval para cubrirse el rostro, temeroso de un desaire, inventen y viertan vuestros labios, cual brillantes perlas, muchos ¡sí! que es la felicidad que anhelamos y única que podemos alcanzar de la tierra, cumpliendo así una máxima del Santo Evangelio.

¡Cuán dulces recuerdos no trae á la memoria de un año para otro los salones del Prado, paseos y laberintos de Recoletos y la Castellana!

¡Cuán feliz se muestra en estos días la juventud bulliciosa en las calles y en las plazas!

¡Cuán dichosa en los salones de Capellanes, la Zarzuela y el Real aparece la juventud mascarada, luciendo sus vistosos descotados y variados trajes, y el ucarado cutis de las mil doncellas, todas á cual más lindas, del brazo de sus amorosos y galantes caballeros!

Gozad, sí, tierna juventud. El baile os brinda con sus voluptuosos placeres. Es verdad que las flores gimen marchitas; pero que vuestro hechicero rostro animado por el gozo nos recuerde las blancas azucenas, las rosas y jazmines y mirtos, siempre vivas y claveles.

Empero ya que hoy no dá lugar á tratar de modas por que lo hemos hecho ya con las explicaciones de los figurines en los números anteriores, concluiremos diciendo, que el Carnaval, con rarísimas excepciones, se celebra con igual regocijo aquí en España que en Francia, en Londres, etc., etc.; mas detengámonos un momento: Londres hemos dicho: el país escéntrico por excelencia. Los ingleses en los bailes de máscaras usan de las más estúpidas bufonadas, mostrando un libertinage altamente grosero, impropio de todo ser racional.

Las señoras ostentan preciosos adornos, brillando en sus trajes con admirable profusion magníficos diamantes, esmeraldas y rubíes.

Segun cuentan personas que nos merecen entero crédito, no es posible frecuentar los bailes y conservar la inocencia de costumbres; pues veríamos en ellos á personas bien educadas envilecerse tomando las máscaras más groseras y repugnantes.

Aun se recuerda con dolor, á un jefe militar que se presentó en el baile de la Opera vestido de muerto en un ataúd, é izada una banderola en la cual se leía: «Que el uso inmoderado de los deleites, le habia arrastrado á la muerte en la flor de su edad.»

Consternó este suceso tanto á los concurrentes, que indignados gritaron que se saliese; pero él no lo hizo hasta que vió los ánimos de tal manera irritados y dispuestos á arrojarle de la alegre compañía de los vivos y enviarle á la triste morada de los muertos.

Así, pues, tierna juventud, edad dichosa de las pasiones exaltadas, tened y tengamos presentes las locuras de los bailes de máscaras de Londres; antes que todo, hemos de pensar que la virtud doquiera estemos y cualquiera sea la situacion en que nos encontramos, debe inmaculada anidarse en nuestro pecho, dando así ejemplo al mundo del alto grado de cristiana cultura y civilizacion que tanto enaltece á nuestra nacion española.

FRANCISCO GUERRERO GARCIA.

## TRAJES DE MÁSCARA DE SERRA

Especialidad en ricos dominós y capuchones: los hay nuevos, sin estrenar. — Gran surtido en trajes de época para niños. — Fábrica de caretas de todas clases.

Caballero de Gracia, 15, y Desengano, 19.

ADVERTENCIA. — Estos establecimientos permanecen abiertos hasta una hora bastante avanzada en las noches que haya bailes.

La Biblioteca ilustrada de la familia, que con tan extraordinario éxito publica en Barcelona el inteligente editor Sr. Manero, acaba de inaugurar su segunda serie, dando á luz un tomo de 220 páginas, perfectamente impreso, en buen papel, enriquecido con preciosas láminas separadas del texto y una elegante cubierta. Este tomo, que cautiva al mismo tiempo los ojos y la inteligencia, contiene las obras: *Ni más ni menos*, de H. Roux Ferrand, y *En un escollo*, de E. Marcel, ambas notables por su moralidad, bello lenguaje y el vivísimo interés que inspiran.

No dudamos que los numerosos suscritores á la primera serie, que tantos y tan merecidos elogios nos han hecho de las obras publicadas en ella, se apresurarán á suscribirse á la segunda, tanto por su excesiva baratura, como por la falta que hace cada vez más, una publicación de este género, que venga á combatir los perniciosos efectos causados por los malos libros que han invadido á España, confundiendo las ideas de tal modo, que ya nadie acierta á distinguir la verdadera senda del bien y la virtud.

Si estos libros causan tanto daño á los hombres juuáles y de cuánta trascendencia será el que causen á la mujer, de al-



34. Cofia para señora de edad.  
(Véanse los núms. 41 y 42).

ma apasionada, de ardiente y exaltada imaginación?

Preciso es pues buscarla un mentor amigo y fiel, que la recuerde los casi ya olvidados principios de moral y fije su atención sobre los deberes que está llamada á cumplir, como hija, como esposa y como madre.

El Sr. Manero, con un tacto exquisito, con un celo infatigable, ha sabido llevar á cabo esta obra delicada, y debe confiar en el apoyo que le prestarán por su propio interés, los hombres pensadores y los padres de familia, propagando y haciendo circular esta biblioteca escogida entre las señoras.

Al primer tomo publicado, seguirá otro que contendrá: *El último amor*, por E. Enault, y *La canastilla de boda*, por E. Marcel.

Los tomos de esta Biblioteca se venden á 4 rs. en Barcelona y 5 fuera, encuadernados á la rústica; y con 2 rs. de aumento en Barcelona, y 2,50 en los demás pueblos de España, con planchas de oro.

La primera serie de la Biblioteca ilustrada de la familia, la forma un tomo en gran folio de 660 columnas de texto, adornadas con 68 magníficos grabados ejecutados por los primeros artistas españoles. Comprende seis volúmenes, que contienen: *Una desgracia á tiempo*, *Tío y sobrino*, *La herencia del tío*, *Una mujer elegante* y *Mi vecina Rosa*, por Emelina Raymond; *El secreto de mi abuela* y *Cara ó cruz*, por E. Marcel, y *Florangel* y *Dos corazones fuertes*, por la laureada escritora francesa Mad. Craven.

Véndese á 24 rs. en Barcelona y 30 fuera. Los volúmenes á 4 y 5 rs. respectivamente.

Para suscribirse ó recibir algún volumen de la Biblioteca ilustrada de las familias, remítase su importe en letra ó sellos á D. Salvador Manero, Editor, Ronda del Norte 128, Barcelona.

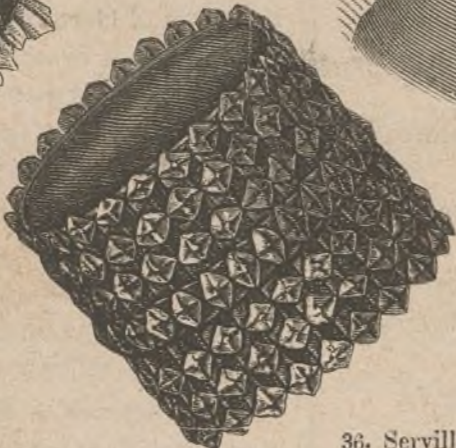
El Catálogo se envía gratis á quien lo desee.



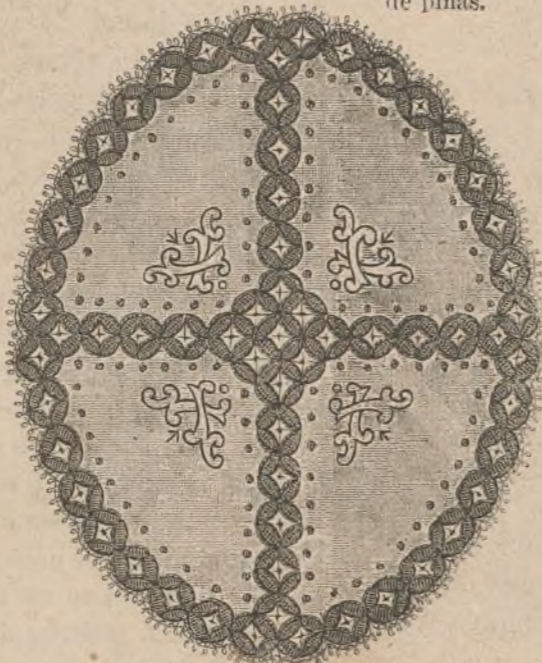
43. Angulo para cigarrera.



33. Capeta para señora de edad.



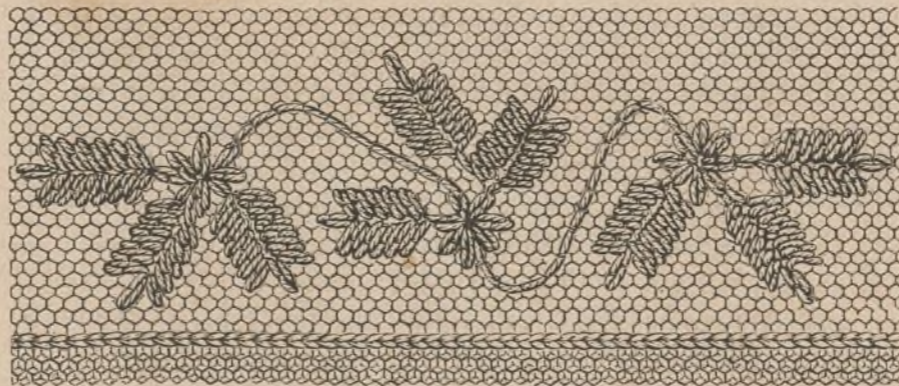
36. Servilletero de pñas.



39. Antimacasar de entredoses.



40. Cenefa para sillerías.



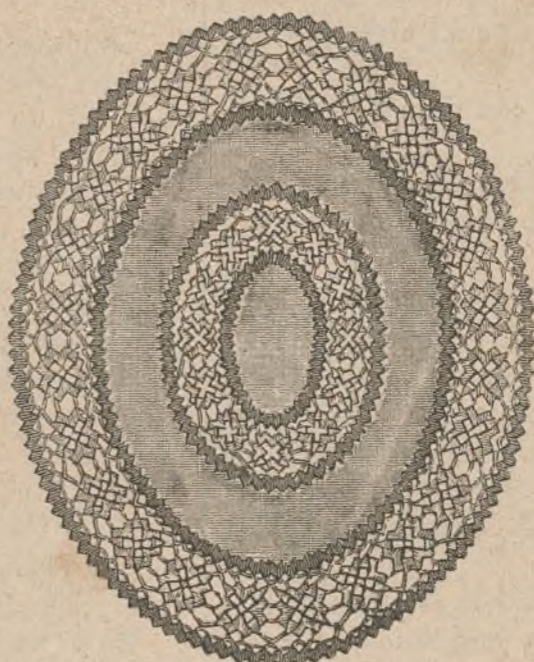
41. Entredós para la cofia núm. 34.



42. Bordado para la cofia núm. 34.



37. Guarda sellos de papel cahamazo.



35. Sombrero de castor.

brero de paja de Italia puesto muy caído de atras, está forrado de tafetan rosa, y guarnecido de flores, como así mismo el cayado. Sobre la silla se ve un dominó azul.

FIG. 4.ª—Traje de POLICHINELA, para hombre. — Es de suma riqueza, pues está todo brochado con hilo de oro.

FIG. 5.ª—Traje de PANADERA bajo el reinado de Luis XV. — Es de poul de seda rosa, guarnecido con encajes blancos. Es un traje de una gran riqueza, que conviene á una señora casada, porque requiere que se lleven muchas joyas.

FIG. 6.ª—Traje de SICILIANA. — Este traje es propio para una señorita, porque es modesto y de buen gusto. Falda de siciliana gris, orillada con terciopelo azul y dos galones de oro. Corpiño igual con cinturón formado de monedas. Echarpe de foulard maiz con palmas blancas anudado alrededor del talle, y formando delantal por delante por medio del único paño que se vé. Camiseta y mangas de muselina con lazos azules en los hombros. Prendido de muselina sujeto con agujas de oro.

FIG. 7.ª—Traje de FRANCISCO I, para hombre. — Es un traje serio y de buen gusto, debiéndose completar con la capa de corte.

FIG. 8.ª—Traje de PAJE DE LUIS V, para jovenito. — Es de raso azul y blanco adornado con galones de plata. Peluca empolvada.

FIG. 9.ª—RAMILLETERA del tiempo de Luis XV. — Este traje, muy lindo para niña, es fácil de arreglar con algunos vestidos antiguos. La falda es de tejido adamascado brochado de oro; la túnica de seda Pompadour, todo adornado con ruches picadas color de rosa. Sombrero de paja adornado de flores, y canastilla de flores debajo del brazo.



44. Angulo para tarjetero.

Las Sras. Suscriptoras á la 1.ª Edición recibirán con este número el FIGURIN ILUMINADO.

Administración: Plaza de Isabel II, núm. 2.

Tip. de G. Estrada, C.ª, Doctor Fourquet (antes Yedra), 7.

Editor-proprietario: Carlos Grassi